

Nafissatou Dia DIOUF, *El circo de Missira*

Traducido por Rocío Anguiano Pérez y Olivier Álvarez Seco
Universidad de Valladolid

Relegadas prácticamente al olvido durante mucho tiempo, las literaturas africanas han experimentado en las últimas décadas un notable impulso avalado por varias generaciones de escritores que, profundizando en las fuentes de una tradición oral cargada de sensualidad y orgullo, han desarrollado una abundante obra.

Herederos de autores de la talla de Léopold Sédar Senghor, Nadine Gordimer o Baltasar Lopes, estos escritores aspiran a integrar el espíritu de los maestros cuentistas con lo mejor de la cultura de los países colonizadores, retomando el lema de los fundadores del Movimiento de la Negritud “asimilar, no ser asimilados”.

En esta corriente integradora podemos situar a Nafissatou Dia Diouf. Nacida en 1973, esta joven escritora senegalesa ocupa un lugar destacado dentro de la emergente literatura femenina africana. Licenciada en *Langues Etrangères Appliquées* (LEA) por la Universidad Michel de Montaigne de Burdeos y con un Tercer Ciclo en *Logistique Industrielle* obtenido en la misma universidad, Nafissatou Dia Diouf posee una amplia obra publicada. Entre sus trabajos premiados podemos citar *Balade virtuelle autour de la planète francophone* (Radio-Canadá, 1999); *Pour le meilleur et surtout pour le pire*, (Centre Culturel Français de Dakar, 1999); *Sables Mouvants* (Primer Premio 2000 Fondation Léopold S. Senghor) y *Un si long exil* (principal candidata al premio francés de lengua extranjera del “22^{ème} Salon du Livre de Paris”, 2002).



El relato *Cirque de Missira*, cuya traducción presentamos a continuación, ha sido publicado únicamente en formato electrónico; sin embargo, su autora proyecta incluirlo dentro de su próximo libro de cuentos.

EL CIRCO DE MISSIRA

Octubre de 1982

Estaba sentada en aquella piedra rugosa, en medio de aquella selva. Como si fuera un elemento más de la naturaleza, insignificante, pero al mismo tiempo indispensable para su equilibrio. Como cualquier planta, cualquier liana de las que allí crecían, casi al azar, en aparente confusión, delicadamente enlazadas unas con otras. Y escuchaba con atención el dogma mágico de las palabras de Mame Soukey¹ que me penetraban como esa lluvia fina que empapaba la tierra. Si hubiera sabido que yo llamaba dogma a sus reflexiones, se habría enfadado...

Con su voz rocosa, pero increíblemente pura, como la risa del agua, como el murmullo de un río, decía señalando el cielo:

— Mira como se desprenden las notas hasta alcanzar el límite del cielo, mira, mira esas pequeñas burbujas abrirse y liberar una melodía, nunca la misma, impertinente, inesperada. La naturaleza es la orquesta; si sabes hablarle, interpreta tu melodía y acompaña tu canto a capella. Escucha el susurro de la sombra, el alboroto del viento, la risa del fluir de agua, escucha los gorriones dispersarse en desbandadas. Aves del paraíso, tejedores, colibríes. Y los pájaros nocturnos, buscadores de oro del cielo, que recogen las estrellas para iluminar sus nidos... Escucha, pequeña.

Yo aguzaba el oído. La voz de Mame Soukey se elevaba hasta la bóveda celeste y mil ruidos invadieron el circo de Missira, el eco de los acantilados nos devolvía el canto de las cascadas, de las gotas que se entrechocaban, bailaban, tintineaban alegremente. Su canto era ligero como las diáfanas alas de las falenas. Como el canto sagrado de Coumba Bang².

Casi me hacía olvidar mi huida. Las etéreas notas disipaban poco a poco los gritos de mi madre:

— Pedazo de inútil, como sigas yendo con esa vieja loca, vas a acabar como ella...

Estábamos en la choza que servía de cocina africana. Yo había cogido mal una olla y, al instante, la cena se encontraba esparcida por el suelo de tierra batida. Esquivé hábilmente una ráfaga de utensilios y bajo una lluvia de insultos, mis piecitos descalzos se pusieron a aplanar el suelo irregular, insensibles a las quemaduras que producía el calor y a las mordeduras de las piedras.

Llegué jadeando al lindero del bosque y me deslicé por un sendero hasta el universo en el que sabía que me esperaba. El suelo de hierba seca crujía bajo mis pasos. Las pesadas hojas de los mangos liberaban algunas lágrimas de lluvia que centelleaban, sorprendidas por un rayo de sol que había conseguido atravesar la verde bóveda, y después se deshacían en fino polvo acuoso sobre alguna piedra musgosa. A lo lejos, las cascadas descendían por las paredes rocosas de los

1 Abuela Soukey.

2 Diosa del agua.

acantilados. Encontré a Mame Soukey sentada en un tronco de hevea, como si se alimentase de su savia. Llegué por detrás y la observé un momento. Parecía pensativa. Su espalda revelaba una ligera curvatura.

— *¿Estás ahí, pequeña?*

Sorprendida avancé tímidamente.

— *Sí, Mame, estoy aquí.*

— *Siéntate a mi lado*, dijo volviéndose hacia mí. Tenía el rostro extraordinariamente terso, recorrido por algunas finas arruguillas. Su pelo, cenizas de luna como le gustaba llamarlo, enmarcaba su rostro como una aureola.

Me senté frente a la anciana.

A través de la espesura de los altos árboles se divisaba la puesta de un sol estriado. Y permanecí allí, como cada día, escuchándola religiosamente durante horas, fascinada por la riqueza de una ciencia que no encontraba en los libros de la escuela. Entonaba con ella los cantos tradicionales de nuestro bosque tropical, golpeando apasionadamente las cañas de bambú y las raíces adventicias de los nopales para marcar mejor la medida.

Cuando volvía a casa, el sol hacía ya mucho que se había puesto.

Alrededor de nuestra concesión, la ropa se revolvía y bailaba alocadamente en la cuerda tensada como un arco al que me sentí tentada de extraer dos o tres notas. Llegué a escondidas por miedo a que al advertir mi llegada me castigaran. Oía a mi madre gruñir entrecortadamente:

— *Esta niña nunca se hará una mujer, entre la escuela de los blancos y esa vieja medio loca que quiere convertirla en un mono, todo el día en la selva.*

Me ponía afanosamente a hacer fuego en un rincón para cocer las hojas de lalo³ que había recogido para ella. Al notar mi presencia, se enfureció de nuevo e hizo como que no me había visto para mostrar mejor su desprecio.

Todas las noches, la misma escena.

Enero de 1997

Llegué sin aliento al sitio que indicaba el anuncio del periódico. El suelo de susurrante hierba estaba cubierto de nieve. La cabeza me daba ligeramente vueltas. Me apoyé en un poste de la luz que por un momento había confundido con un tronco de eucalipto. Tiré de mi gorro de lana para taparme las orejas, soplé mis dedos a través de los guantes para calentarlos. El viento me helaba los

3 Polvo de hojas de baobab que sirve de espesante en la preparación de algunos platos.

riñones y hacía que me lloraran los ojos. Las lagrimas que ya no retenía se fijaban y cristalizaban como estalactitas.

La fila ondulante serpenteaba a lo largo de varias decenas de metros, atrapada en uno de sus extremos por una puerta cochera. En el otro extremo, yo...

No sé si habían pasado segundos u horas, pero el monstruo no dejaba de remover sus tripas. Luego, yo también atravesé la puerta cochera y tras una eternidad subía, uno a uno, los peldaños de la escalera oscura que conducía hasta una puerta en la que se leía en letras capitales:

“SALA DE AUDICIÓN”

En lo alto de la escalera experimenté un vértigo marítimo y me agarré con fuerza a la barandilla. La joven que estaba delante esbozó una pequeña sonrisa burlona. A través de la puerta mal insonorizada se escapaban algunos acordes desafinados.

De pronto, la puerta se abrió y una cabeza calva apareció en el hueco que quedaba entre el marco y la puerta entreabierta.

— *La siguiente.*

Bruscamente me encontré sumergida en una sala descolorida, inmensa y fría. Frente a mí, media docena de pares de ojos que me juzgaron, me calibraron, me desnudaron durante algunos segundos. Con una voz sin timbre y neutra, el calvo rompió el silencio:

— *Tiene un minuto.*

Silencio. La luz de los focos era cruda y hacía que me lloraran los ojos.

— *Cuarenta segundos*, añadió imperturbable, con el brazo doblado en ángulo recto, mirando el reloj, al cabo de un tiempo que me habían parecido dos fracciones de segundo. El segundero giraba y mi garganta permanecía muda.

Estaba petrificada. Cerré los ojos. La cúpula del cielo dominaba el universo. Mame Soukey me miraba apoyada en las raíces adventicias que se levantaban algunos centímetros del tronco de un árbol de contorsiones nudosas. Sentía como me subía la savia en arborescencia y como me irrigaba hasta las capilaridades de lo más hondo de mi ser, como una descarga de adrenalina. Mi voz extraía del fondo de mí la savia tropical que corría por mis venas. El eco de los bosques afluyó súbitamente a mis labios en un caudal modulado. Quebró brutalmente el hielo de mi garganta y mis labios se inundaron de cálidos sonidos que rompían las amarras del tiempo.

Mi frágil osamenta vibraba al unísono con mis cuerdas vocales en un impulso mágico. Me encontraba de nuevo en la selva, estremeciéndome con las caricias de las hojas, reconfortada por la humedad y el olor de la tierra mojada, bajo la sonrisa cómplice de Mame Soukey.

Mis pies se hundían en los líquenes de la moqueta. Olvidé los focos, el tiempo. Bajo mis párpados cerrados, la noche extendía su dominante velo y yo me dejaba ganar por ese dulce embotamiento. Mi marimba⁴, que había sacado tímidamente, vibraba ahora con el perfume de la noche tropical, de los trinos de los grillos y de los insectos de las tinieblas húmedas de helechos y de agua. Mi voz recorría las sendas húmedas del pasado.

Canté durante tanto tiempo que me parecieron horas. A cada instante, creía morir y volver a nacer. Como esa melodía sincopada de oquedades de mi selva natal, como mi vida en este país de viento, desde el día en que desembarqué con una pequeña maleta y un abrigo demasiado grande. Cantaba mi vida, mi pasión, mi desesperación, mis lágrimas. Cantaba mi vida... en un mundo anestesiado de conveniencias en el que no acababa de encontrar mi sitio.

Por fin, mi voz se posó y un silencio velado invadió la sala. ¿Cuántos minutos habían pasado? La cuenta atrás parecía agarrotada o más bien... pulverizada. Pasaron unos segundos sin que ninguno de los miembros del jurado pudiera hablar.

Saliendo de su letargo hipnótico, reajustando la montura de sus gafas, el calvo del reloj se aclaró la voz un breve instante y dijo:

Gra... gracias, señorita.

4 Xilófono, en el que cada lámina posee su propio tubo resonador.